

na diferencia entre los *cervicidas* y los *homicidas*.

Felipe Augusto dedicaba sumas tan enormes al mantenimiento de sus halcones y de sus trenes de caza, que los trovadores de aquel tiempo escribieron poesías satíricas, motejándole porque, en vez de pagar su soldada á los hombres de armas, derrochaba cantidades fabulosas en el mantenimiento de galgos, de perros y de aves de rapaña.

Los terribles descalabros de la cruzada de 1248 no fueron causa de que el rey San Luis olvidase los placeres de la caza; y, ya á punto de salir del cautiverio



Halconero alemán, dibujado y grabado en el siglo XVI por Amman

en que cayó al ir á conquistar la Tierra Santa, se procuró unos cuantos perros de una raza especial que había en Tartaria, y que importó en Francia, enriqueciendo con su adquisición las jaurías de la Casa Real.

Los caballeros cruzados hallaron en los barones latinos de Palestina compañeros dignos de alternar con ellos en las célebres batidas que se daban en las llanuras de Ptolemaida. Entre ellos había condes chipriotas y magnates de Antioquía poseedores de jaurías compuestas de 500 á 600 perros escogidos.

Felipe el Hermoso participó de las aficiones íntegras de sus antepasados, muriendo de la caída que le produjo su caballo persiguiendo un venado en Fontainebleau. El Dante, que le aborrecía, aprovechó este incidente para dirigirle una injuria póstuma en el canto XIX de su *Paradiso*: «*Qual che morrá di colpo di cotenna.*»

Á pesar de los desastres de Crécy y de Poitiers, la soberanía feudal llegó á su apogeo en el reinado de

los primeros príncipes de la casa de Valois. Los torneos y las espléndidas cacerías se sucedían sin interrupción.

En los tiempos de Carlos VI se instituyeron los cargos de montero mayor y de gran halconero de la corte, publicándose las ordenanzas más justas y completas que se conocen en materia de caza.

Los príncipes de la casa de Anjou y los nobles Duques de Borgoña, puede decirse que pasaban la vida en los montes con sus esposas, sus familias y sus servidores, que habitaban en tiendas de campaña y disponían los festines, recepciones y banquetes, mientras los señores corrían por bosques y por valles en demanda de venados y jabalíes.

Al fisco se pagaba también en objetos como flechas, parejas de perros, arcos, halcones y cabezas de jabalíes, imponiendo además las costumbres feudales á los vasallos de un señorío la obligación de mantener los caballos del señor, los perros, los pájaros y hasta los monteros y servidores de ínfima clase.

En los salones de los castillos era no sólo moda sino gran gala el mezclar los trofeos de caza con los de guerra como adorno de las paredes. El chuzo de matar jabalíes y las trompas con boquilla de plata se confundían con las banderas, las lanzas y los acuartelados escudos. Las cornamentas de venados y de gamos servían, no ya de panoplias, sino de adorno esencial en magníficos muebles; y en los cuadros, en los tapices y en las vajillas se veían representadas primorosamente escenas de la vida venatoria.

La caza se mezclaba así en los actos de la vida pública como en los de la privada. Construíanse piezas mecánicas, reproduciendo hechos de caza, y en los festines caballerescos se servían enormes pasteles, de los que salían pajarillos vivos. Una vez que éstos se hallaban revoloteando por los salones, soltaban contra ellos halcones, sacres y otras aves de rapaña, que los perseguían y se apoderaban de ellos, con gran gozo y divertimento de los comensales del banquete.

Al entrar Luis XI en su capital fué obsequiado con una cacería de ciervos, porque la caza se asociaba á todas las ocupaciones y á todos los placeres de la época feudal, hasta el punto que cuando sobrevenia la muerte se envolvía el cadáver del cazador noble en la piel de un venado, último trofeo venatorio que llevaba consigo á la soledad del sepulcro⁽¹⁾.

Luis XI, avaro por esencia y potencia, no salía de

(1) Extracto por C. I. de la *Historia de la Casa* del barón Dunoyer. J. V.

su habitual parsimonia sino para sostener lujosísimamente los trenes de caza; y amaba con tal pasión este ejercicio, que ya viejo, decrepito é imposibilitado de correr el monte como en los días de su juventud y su edad madura, se divertía en los salones de su castillo en hacer cazar ratones á unos perrillos que tenía amaestrados al efecto.

Al morir dispuso que se le vistiese de cazador, con el sombrero entre las manos, su perro favorito al lado, y pendiente del cuello la corneta que usó durante su vida.

En aquella época, las trompas destinadas á los usos señoriales eran de oro, de plata ó de marfil, con adornos de piedras preciosas y cordadura de seda; los collares de los perros, de oro esmaltado; las pihuelas, de terciopelo carmesí bordadas de perlas; y de la misma tela recamada de oro las caperuzas de los halcones.

No se pensaba, ni se vivía, ni se gastaba profusamente más que en objetos de montería, y sobre todo de cetrería, arte que llegó á un favor y á un apasionamiento rayanos al culto que los idólatras profesaban á sus símbolos en los tiempos del paganismo.

Dicho se está que las nobles castellanas de la época del feudalismo participaban de las aficiones cinagéticas dominantes, manejando con verdadera maestría el arco y la ballesta, y tomando una parte activa en todas las expediciones, por arriesgadas ó peligrosas que fuesen.

Á los burgueses no se permitía cazar más que liebres con galgos, y pájaros con redes y otros armadijos, y á palos ó pedradas las piezas menores que les perjudicaban las cosechas; lo cual, sin embargo, ejecutaban con cierto recelo, porque tenían muy presente el adagio feudal: «Entre ti, villano, y tu señor, no hay más tribunal que Dios.»

Los pontífices, y el clero en general, se dejaron arrastrar por la influencia venatoria de la época; y poco á poco los obispos, las abadías y las comunidades religiosas de frailes obtuvieron privilegios de caza, de

que se hace mención en las cartas reales de los soberanos del país; pues, si bien los sagrados Cánones de la Iglesia prohibían cazar á los eclesiásticos, demostraron los doctores que la prohibición no se refería más que á las cacerías hechas á gritos, con perros y con bocinas; distinción de que tampoco se cuidaron mucho los abades, tomando parte en cuantas expediciones se les venían á la mano.

II

La caza en Alemania durante los siglos medios, en un país lleno de castillos y sitios señoriales, poblado de espesísimas selvas repletas de fieras y grandes animales venatorios, no es de admirar que en las treguas de la guerra, y aun durante ella, se realizasen espléndidas cacerías.

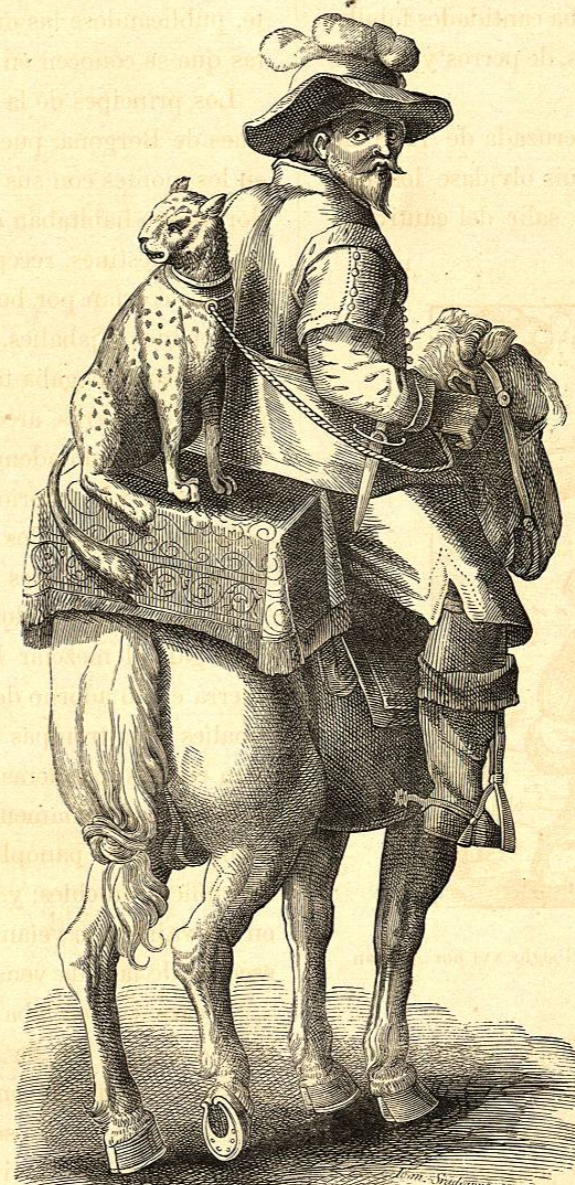
La caza mayor era sólo patrimonio de la nobleza; y la más vulgar y vil, la que se realizaba merced á trampas,

lazos y armadijos, era la única permitida á la plebe, aunque fuese en la misma tierra que cultivaba.

Pero, andando los tiempos, aun la caza de lazo y trampa se prohibió á los villanos. Cuando la idea de la soberanía del estado tomó vuelo, el derecho de caza se declaró comprendido entre los privilegios reales.

La caza fué, pues, fuero de los nobles y prelados.

El número de pias que vagaban por los bosques era tan considerable, que en una batida que dieron el landgrave Felipe de Hesse y su séquito se mataron 1.000 jabalíes y 150 ciervos. Un contemporáneo de Felipe, el elector Juan Federico de Sajonia, mató, por



Cazador con leopardos, según un grabado de Juan Stradan (siglo XVI)

su propia mano, unos 3,500 lobos, 208 osos y 200 linceos.

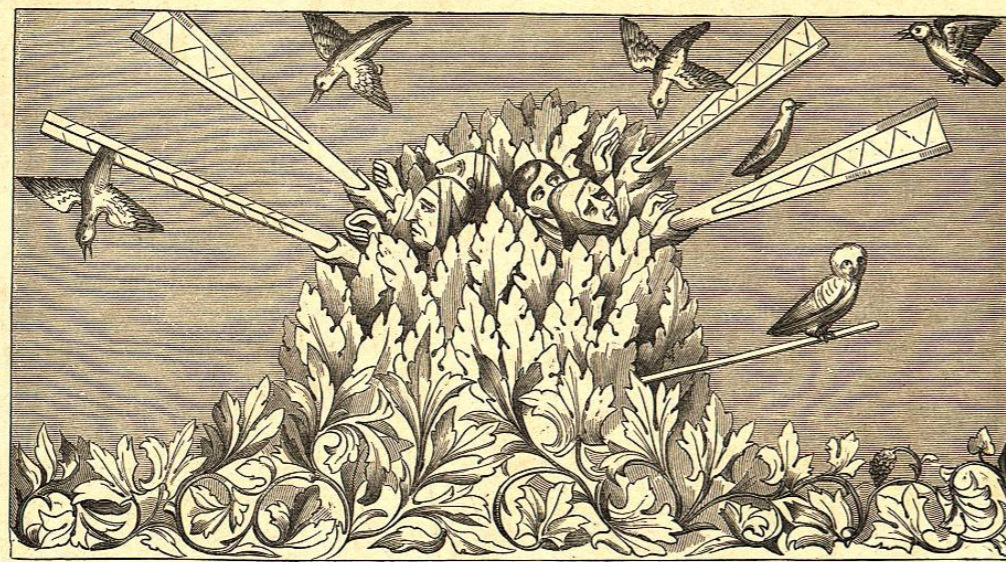
En los bosques de la Alemania septentrional existían alces y bisontes, y en todo el imperio alemán multitud de lobos, osos, linceos y castores. El capricornio había desaparecido, en 1650, de los Alpes alemanes, pero se veían algunos ejemplares en los jardines zoológicos, ya muy en boga, en el siglo xvi, en las principales cortes.

En 1686 se mató en Tunnga el último oso que vagó por aquellos contornos.

La nobleza alemana se entregó con furia á la caza

con halcón, en que tomaban parte las damas y caballeros, con grande acompañamiento y estrépito.

El más acabado modelo de cazador inteligente en cetrería fué el emperador Alejandro II. Aprendió el arte, en Asia, en tiempo de las Cruzadas. De las prácticas hizo un cuerpo de doctrina y muchas investigaciones útiles de la naturaleza de los halcones, escribiendo, más tarde, un libro de cetrería que ha merecido siempre grande estima. Este monarca fué muy exigente con los halconeros, que debían ser hombres verdaderamente perfectos en su ramo, pues Federico exigía de ellos robustez de cuerpo, inteligencia muy



Caza entre el follaje (facsimile de una miniatura del *Manuscrito del rey Modus*; siglo xiv)

desarrollada, obediencia incondicional, grande autoridad y vigilancia en el cuidado de las aves de caza, tanto de día como de noche; gran sobriedad, adhesión, gran resistencia á pie como á caballo; en una palabra: todo aquello que sea digno de admiración en el hombre debía hallarse personificado en ellos.

Cual era el estado de la caza en el siglo xvi (?) se puede deducir de los siguientes datos oficiales: El duque Juan I, Elector de Sajonia, mató desde el año 1611 á 1655, es decir, en un período de 44 años, 46,919 ciervos y corzos, 1,040 gamos, 31,902 jabalíes y 37,049 alimañas de todas clases, que hacen una suma de 116,910. Juan Jorge II, su sucesor, mató, desde el año 1660 á 1680, ó sea en 20 años, 111,141 piezas, casi todas pertenecientes á la caza mayor. Naturalmente, estas cacerías se verificaban, por regla general, en caza cerrada, como se denominaba entonces, por encerrarse entre telas la caza de una comarca, que previamente se había ojeado para reunirlos en un gran cercado, cuyos muros

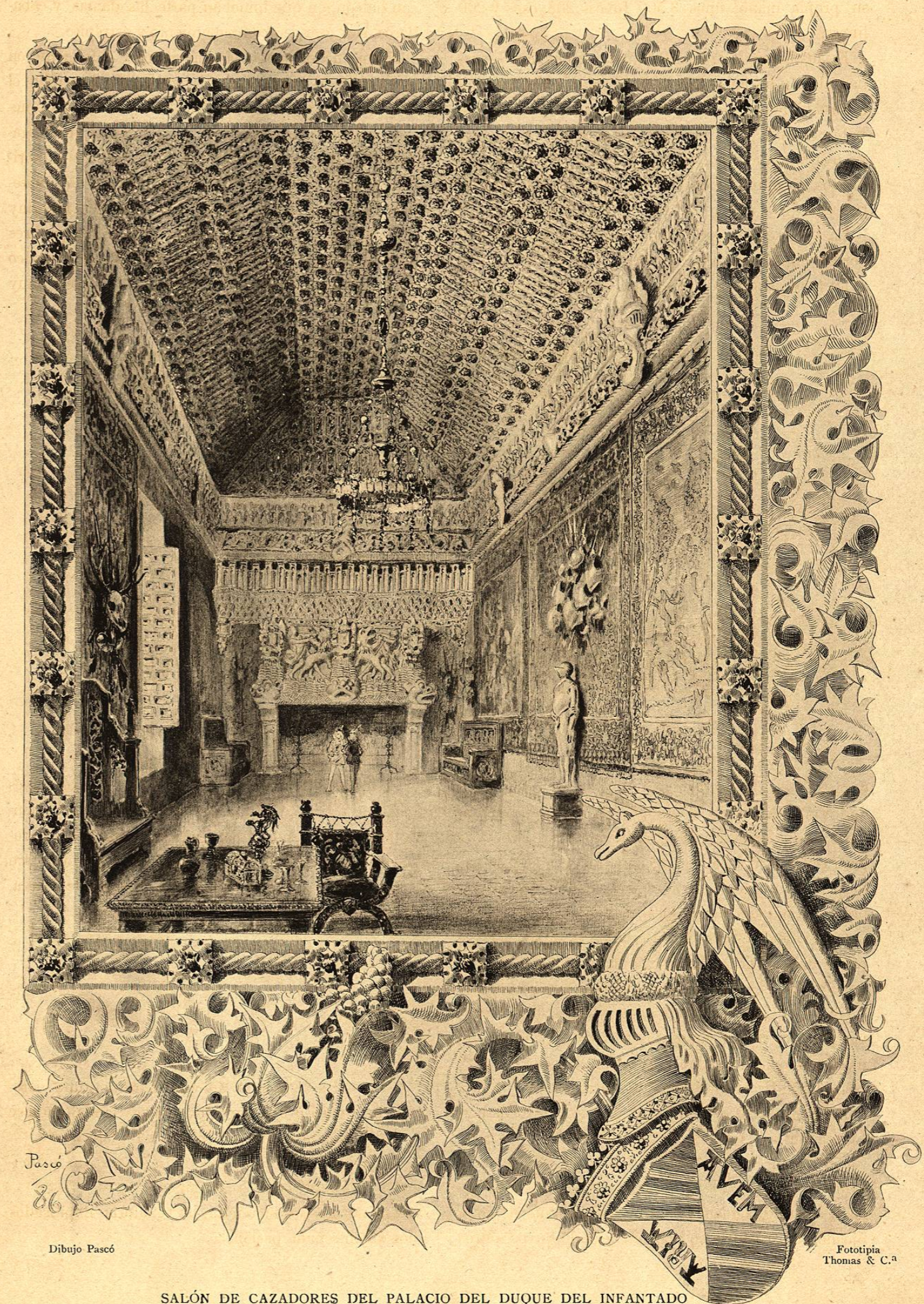
eran de telas de lona ó de grandes redes. Los príncipes mataban por su propia mano casi toda la caza, haciendo alarde de un lujo y magnificencia inusitados, representando escenas mitológicas y otras alegorías. En una de ellas apareció un príncipe vestido de Diana, montado en un ciervo blanco.

III

La historia de la caza, aunque tiene un tinte parecido en toda Europa durante la época feudal, merece que dediquemos algunos párrafos á Inglaterra.

La emigración sajona llevó á Inglaterra las principales costumbres de los germanos.

Los normandos ejercieron la venatoria impulsados por desenfadada pasión.



SALÓN DE CAZADORES DEL PALACIO DEL DUQUE DEL INFANTADO GUADALAJARA (SIGLO XVII)